

docencia en Chile y otros países, además de una prolongada actividad en el servicio diplomático.

Copiamos la primera parte del Réquiem:

“Como un centinela helado pregunto: ¿quién se esconde en el tiempo y me mira?

Algo pasa temblando, algo estremece el follaje de la noche, el sueño errante afina mis sentidos, el oído mortal escucha el quejido del perro de los campos.

Mirad al que empuja el árbol sahumado y se fatiga y derrama blancos cabellos, parece vivo.

Pero no responde nadie sino mi corazón que tiran reciamente con una soga”.

A una antigua profesora la vimos llorar mientras leía estos versos. Seguramente muchísimas otras personas se han enternecido hasta las lágrimas. No es sensiblería. Es la poesía que se descubre y llega hasta las entretelas del alma. Edmundo Concha describió este inefable proceso: “desaparecen los vocablos, en fuga invisible, pero dejando a su paso, cual una estela la emoción de su contenido”.

¡Qué ejemplo para los que tratan de taparnos con hojarasca resecas! O con serpentinas de monos saltarines. Nunca es tarde para escuchar estas voces, que, como la música de Bach, proyectan esencias perdurables.

TITO CASTILLO

<https://doi.org/10.29393/At457-25DSTC10025>

DIOS, SOL Y ORO

De *Gerardo Larraín Valdés*

Editorial Andrés Bello.

Para bien o para mal todos los historiadores y cronistas antiguos y modernos coinciden en que Diego de Almagro fue un hombre de excepcionales condiciones. No obstante, en la historia que se enseña en los colegios pasa a segundo plano y todas las flores son para Pedro de Valdivia. Hay quienes discuten si se le puede llamar Descubridor de Chile, porque antes que él, Hernando de Magallanes había pasado por el Estrecho que lleva su nombre, en noviembre de 1520.

Pero ahora Gerardo Larraín Valdés lo destaca, con la totalidad de sus acciones, como protagonista de hazañas increíbles. Su libro “Dios, sol y oro”, con el sello de la Editorial Andrés Bello, se suma decorosamente a los que se han venido publicando en América y Europa como anticipado homenaje al Quinto Centenario del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Es un ensayo muy bien logrado acerca de la azarosa existencia de Almagro, con citas de una copiosa bibliografía. La vibrante narración se inclina con simpatía hacia el personaje y nos deja convertidos en almagristas.

De origen humilde y analfabeto, todo lo que hizo este manchego de Calatrava, con arrojo, valentía y a veces con chispazos geniales, difícilmente podrían haberlo hecho letrados y profesionales. Almagro realizó varios viajes desde Castilla del Oro, hoy Panamá, en pos del Imperio Incaico y sus fabulosos tesoros, demostrando dotes de

notable organizador. Trataba con afecto y generosidad a todos los que estaban bajo su mando y lo adoraban por esta camaradería franca. Nunca tuvo prejuicios raciales y así como reclutó a un griego y a dos judíos para sus huestes, con princesas indias tuvo dos hijos a los que quiso entrañablemente. Una esclava negra de gran belleza, a la que dio la libertad, lo acompañó como amante hasta Chile. Con esta mezcla de sangres se fueron formando los pueblos de Hispanoamérica. La Conquista registra episodios escalofriantes que fueron verdaderos genocidios, pero también hizo florecer el romance y no siempre el mestizaje fue producto de la violencia. Intervino Almagro en incontables combates contra miles de guerreros enfurecidos por la llegada de los barbudos invasores blancos. Por ambos lados se cometían atrocidades. En Puerto Quemado se le incrustó una flecha en el ojo izquierdo y se la arrancó él mismo. Perdió tres dedos de la mano derecha y siguió luchando. Las curaciones a que fue sometido hacen tiritar: con un fierro al rojo le cauterizaron la cuenca sangrante y demás heridas, que "desinfectaron con aceite hirviendo para evitar la gangrena. Vio morir a sus soldados de hambre y sed, o devorados por zancudos, marabuntas y pirañas.

Con la conquista del Perú quedó inmensamente rico, pero compartía sus bienes hasta la exageración. Se convirtió en una leyenda. Alguien lo comparó con El Cid. Por sus hazañas y contribución a la Corona el rey Carlos Quinto lo hizo hidalgo, le dio escudo de armas, lo nombró Mariscal, Almirante, Adelantado y Gobernador de las tierras por conquistar. ¿Por qué no se detuvo a disfrutar de fortuna y gloria? En cambio decidió financiar solo la expedición a Chile con un gasto de un millón quinientos mil castellanos de oro, suma fantástica aun hoy día. Ante las peripecias y penalidades de esta aventura, la conquista del Oeste norteamericano parece un juego de niños. En 18 meses recorrió miles de leguas, sufriendo ataques sorpresivos, cruzando cordilleras nevadas y páramos desolados. Perdió gente por millares, caballos y pertrechos. Para hacer esta travesía, dice un cronista, se requiere un valor rayano en la inconsciencia. Llegaron a Copiapó 242 españoles, 150 negros y mil 500 yanaconas "en estado tan calamitoso que parecía una procesión de fantasmas vestidos de harapos". Más adelante el valle del Aconcagua fue como el Paraíso. Parte de sus tropas llegó hasta el río Itata. Regresó por el desierto más seco del mundo, sin sospechar que lo esperaba la traición de su socio y amigo Francisco Pizarro, a quien había ayudado a convertirse en héroe y conquistador del Perú. Fue condenado a muerte en el Cuzco, en un juicio urdido por Hernando Pizarro.

"Podemos decir, escribe Gerardo Larraín, que en el mes de abril de 1536 comienza la verdadera historia de Chile". ¡Y qué historia!

TITO CASTILLO